

ción agotada, pero el texto permite avanzar en numerosas opciones de indagación, que pueden transformarse en una invitación para continuar desarrollando investigaciones análogas no únicamente en el marco de la historia regional pampeana sino también, en virtud del vacío expuesto anteriormente, en la historia argentina.

GONZÁLEZ LEBRERO, Rodolfo E.

La pequeña aldea. Sociedad y economía en Buenos Aires (1580-1640).
Buenos Aires, Biblos, 2002, 199 p.

Julio C. Djenderedjian

Instituto Ravignani, Universidad Nacional de Buenos Aires

Fruto y síntesis de muchos años de investigación, este libro es también mucho más: una aproximación sistémica y un análisis integral del período originario de Buenos Aires, que no se agota en modo alguno con el mero acto fundacional. Como tal, ese momento histórico gozó siempre de bastante popularidad: no sólo en los programas de las escuelas, sino también en la labor de muchos historiadores tradicionales y de otros más recientes. Sin desconocer esos valiosos aportes previos, la contribución de González Lebrero logra llegar más allá: su libro brinda, por primera vez, esta dimensión concreta de muchos aspectos clave de esa pequeña comunidad, entre los cuales no es por cierto el menos destacable el marcado carácter mercantil que caracterizó a la producción rural de la ciudad ya desde sus inicios. Con una población flotante que, para todo el período, puede ser calculada en unas 1.400 personas en promedio por año, la presión sobre la demanda de alimentos que significaba la misma explica sin dudas otros fenómenos curiosos, como el rápido aumento en el total de habitantes estables, que pasó de alrededor de 400 a inicios de la década de 1590 a unos 5.000 medio siglo más tarde. La cantidad de viajeros, esclavos en tránsito, tripulaciones de navíos, aventureros y mercaderes de paso que arribaban cada año a esa pequeña y activa aldea, superaba por momentos la suma de sus habitantes, y en todo caso no era usualmente inferior a la cuarta parte de ella;

como es lógico, ese excepcional papel de nudo de ajetreado tráfico se transformó en un componente esencial de un crecimiento vigoroso, que desmiente, al menos en parte, la lastimera serie de declaraciones de pobreza que pueblan las comunicaciones a las autoridades metropolitanas. Declaraciones sobre las cuales la historiografía tradicional supo construir una imagen de aldea menesterosa y desheredada que coincidía cómodamente con la intención de contrastarla, a varios siglos de distancia, con los logros posteriores de la gran ciudad burguesa en una época en que ésta, como para marcar con más énfasis todo lo que la separaba de su pasado colonial, había ido destruyendo con empeño aun los testimonios arquitectónicos que de éste le habían quedado.

The place where it all started at the moment when it all started... González Lebrero organiza con eficacia los pobres datos que nos han quedado: desde las profundidades de la presencia indígena, la invasión de los europeos y las modificaciones al entorno que trajo aparejadas, hasta las necesidades de mano de obra de la incipiente ciudad mercantil, y las alternativas de la presión sobre el espacio por parte de una producción rural ya volcada desde sus inicios a la satisfacción de la demanda externa, en su obra se multiplican los aspectos más reveladores de toda génesis: conductas, costumbres, prácticas; necesidades, abundancias, escaseces, los gérmenes de muchas cosas que encontraremos después están presentes allí. Lo cual tiene un doble valor: nos confirma la continuidad de ciertos rasgos estructurales y nos muestra hasta qué punto los mismos están en la base de los momentos de prosperidad, y también de los problemas y de no pocas crisis. Si la producción rural de Buenos Aires estaba desde sus inicios volcada tan abiertamente a mercados externos, el servicio de los esporádicos navíos arribados y las fuertes inconstancias y fluctuaciones del tráfico eran sin dudas cuestiones altamente sensibles: al punto que explican no sólo ciertos momentos de álgido conflicto político, sino también primigenias estrategias de diversificación de actividades encaradas por los más destacados miembros de esa comunidad, sin dudas antes testimonio de la intención de minimizar riesgos ante la incertidumbre del movimiento comercial que pervivencia de rasgos de autosuficiencia propios de las explotaciones de la vieja economía agraria europea que hacía tiempo habían dejado a sus espaldas.

Del mismo modo, no guardan menos interés las formas en que la orientación mercantil permeaba aspectos puntuales de la vida social y económica de la ciudad naciente: por ejemplo, la manera en que aun el control de la tierra podía transformarse en un útil instrumento en una carrera comercial. Desde la posibilidad de reducir el costo monetario de una expedición obteniendo provisiones para ella en la propia explotación agrícola, hasta la práctica del contrabando en puertos particulares estratégicamente ubicados en estancias vecinas a grandes cursos de agua, el poseer tierras significaba bastante más que el acceso a una carta de vecinamiento, un instrumento de crédito o un permiso de vaquería, y aun podía justificar una puesta en producción de esa tierra menos precaria de lo que la bibliografía tradicio-

nal gustaba a menudo sugerir. No es raro, entonces, que los inventarios registren buena cantidad de moradas más o menos permanentes en las propias explotaciones agrícolas en un momento en que la cercanía física a la ciudad todavía podía permitir una residencia estable en ella para sus titulares.

El ansia terrateniente de algunos de aquellos hidalgos no termina, así, en la intención de recrear al menos algún aspecto de esa soñada vida señorial que les había sido arrebatada por otros más afortunados con la conquista de las regiones del altiplano productoras de metal precioso; se trata en cambio de conformar unidades productivas que puedan mostrarse rentables, y cuya administración no busca la autarquía sino el beneficio; pero ello dentro de los límites que imponen las pautas del intercambio, más aún que la limitada tecnología de la época y las condiciones de explotación de una frontera abierta. Esto tendría otra consecuencia, cuyo valor explicativo destaca González Lebrero: el predominio del sector comercial por sobre los productores "puros". Más allá de que podría ser excesivo esperar que estuvieran demasiado separadas las funciones ejercidas por los miembros de un grupo que todo indica era demasiado poco numeroso como para poder aspirar a especializaciones, es innegable que el carácter mercantil tiene otros justificativos tanto o más poderosos para predominar: situada en la periferia del espacio peruano, Buenos Aires es a la vez una pieza clave del funcionamiento de éste, y va construyendo sobre ambos pilares un papel de intermediaria obligada que por mucho tiempo no abandonará, y que le aportará buenas ganancias. Sobre todo porque, entre otras cosas, la propia situación periférica sabrá asegurarle la complicidad, o al menos la fatalista aceptación de lo inevitable, por parte de funcionarios regios que pronto habrán de incorporarse al círculo de interesados en un tráfico que las ordenanzas formalmente prohibían, pero que la dura realidad cotidiana mostraba claramente que era imprescindible. En ese contexto, es claro que el comercio, legal o ilegal, será siempre generador de más renta que la azarosa producción agrícola; y no sin justificativos se transformará desde entonces en uno de los rasgos más claros de la relación colonial hasta que ésta se derrumbe un par de siglos más tarde.

Es también en este sentido que el aporte de González Lebrero reinterpreta ventajosamente temas clásicos de la historiografía del período: si esa sociedad era permeable, en todos sus niveles, a las incorporaciones foráneas, entre otras cosas porque su mismo carácter abierto le impedía prescindir de ellas, las luchas por el control político que esas incorporaciones pronto motivaron se organizan y simplifican en torno a la cuestión fundamental: qué grupo o grupos controlarían el acceso a las rutas del norte. No se trata entonces necesariamente, como otras investigaciones sugerían, de que en el enfrentamiento entre *beneméritos* (vecinos antiguos o primeros pobladores) y *confederados* (los recién arribados comerciantes foráneos) choquen dos modos o al menos dos dinámicas diferentes de acumulación: más bien ese conflicto es expresión del deseo, más primario y quizá por eso menos evidente, de arrebatarse a los otros la llave del comercio peruano; cosa perfectamente comprensi-

ble, como que después de todo esa era la única vía para labrarse allí una fortuna si quiera medianamente aceptable.

Pero esa subordinación general al intercambio y ese carácter intermedio exigía además una eficiente organización de los factores productivos locales: más allá de las vaquerías –forma por otra parte muy racional de encarar la producción cuando ella dependía de la azarosa arribada de un navío–, la disposición de mano de obra habría de mostrarse desde un principio un factor clave. Las formas de resolverlo serán variadamente eficaces, como que algunas de ellas lograrían sobrevivir varios siglos: primero, intentos de someter a los pocos indígenas locales; luego, importación de esclavos; y, finalmente, inmigración desde las comarcas más pobladas del interior. En principio de indígenas desgranados de sus comunidades, en breve esta última corriente se comenzaría a componer de peones a salario; solución que, una vez demostrada su utilidad, sabría perdurar largo tiempo, en razón del mayor nivel de ingresos que la dinámica economía de frontera del litoral podía ofrecerles.

La dispersión de los datos, la falta de fuentes seriadas y continuas y las distintas facetas que muestra, sin agotarlas, la variable orgánica del intercambio, obligaron al autor a un saludable ejercicio imaginativo y a un esfuerzo de integración de múltiples aspectos de la realidad que no siempre encontramos en investigaciones centradas alrededor de un solo tipo de problemas: población, producción y comercio no hurtan excesivo espacio al análisis de las formas de sociabilidad y a una útil descripción del lugar en el momento del contacto. Este trabajo, en el contexto de la renovación historiográfica de los estudios rurales rioplatenses de los últimos años, adquiere por esa razón otros méritos: es útil para pensar procesos de ocupación en zonas de frontera, para estudiar la conformación de lazos mercantiles, para analizar el impacto de la demanda externa en una comunidad rural en formación, y aun para concebir aspectos del surgimiento posterior de pueblos en la campaña. Implica también encontrarse con una larga lista de tareas pendientes: hace ya más de diez años Roberto Di Stefano las resumía en una nota publicada en el *Boletín del Instituto Ravignani*, recalcando entre otras cosas la tendencia de los estudios rurales de entonces a centrarse en la segunda mitad del siglo XVIII¹. Si bien desde ese momento ha salido a luz una gran cantidad de valiosos estudios, y sin ir más lejos tenemos aquí uno que llena el vacío del período inicial de Buenos Aires, el largo siglo que corre entre 1650 y 1750 todavía aguarda historiadores: no es esta una cuestión lateral, dado que, según podemos entrever a través de las páginas de González Lebrero, es justamente allí que se conforman o al menos toman cuerpo variables esenciales de la sociedad criolla cuyo protagonismo en el mundo rural rioplatense no se alterará demasiado hasta las masivas transformaciones del siglo XIX. Esta bre-

1 Di Stefano, R. "El mundo rural rioplatense colonial: una cuestión abierta", en *Boletín del Instituto Ravignani*, 3ra. serie, 2do semestre 1991, nro. 4:115 y ss.

cha tiñe hasta cierto punto el trabajo de González Lebrero: la imagen que nos presenta incluye procesos incompletos, que transmiten rasgos estáticos a un conjunto de dinamismo inusual; a mi juicio el más destacable puede resumirse en que registra con maestría la implantación de un núcleo hispano en un área nueva y por momentos hostil, pero que no logra el mismo éxito en trazar un cuadro consumado de la transformación de ese núcleo hispano en la sociedad de rasgos mixtos que existirá allí desde entonces. Aun cuando la integración sea rápida y las pervivencias posteriores muestren por cuánto tiempo y en cuántos aspectos el mundo rural rioplatense continuó siendo tributario de ese momento fundacional, es claro que ese proceso por entonces no hacía más que comenzar.

En esa dirección, podría objetarse incluso que no todo nació allí y entonces, y que el aporte de otras regiones, aun en esos lejanos inicios, no debe desdibujarse: si la fuerte demanda de mano de obra se alimenta en parte fundamental con indígenas provenientes del interior, éstos merecerían lógicamente haber marcado con los rasgos de su cultura la de toda esa comunidad en ciernes. No basta con pensar que se trata de personas que han perdido los lazos con sus tradiciones al abandonar el grupo originario con el que las compartían: incluso, en la hispanizada Buenos Aires muchos de ellos habrían de encontrarse con coterráneos entre los cuales quizá transcurrieran parte, sino el resto, de sus vidas; y con los cuales, sin dudas, continuarían prefiriendo hablar en su propia lengua. Después de todo, es de origen quichua el mismo vocablo *pampa*...

El esfuerzo casi solitario de Rodolfo González Lebrero no deja por todo eso de ser imprescindible: en medio de un hiato historiográfico que algún día es de esperar que comience a llenarse (el autor promete, en una de las notas de este volumen, ofrecernos en breve los resultados de una investigación en curso sobre la evolución de las estancias bonaerenses en el período siguiente), sus aportes arrojan luz sobre los avatares de una pequeña comunidad que hábilmente se encarama en un puesto que no habrá de abandonar, y explican las razones de su ascenso y las estrategias de que se valió; esa ciudad porteña y su área de influencia inmediata, que logra arrebatarse en poco tiempo el lugar principal a otras ciudades más antiguas, constituía hasta cierto punto un enigma, del que la historiografía tradicional nos ofrecía soluciones que podíamos sospechar estaban de algún modo teñidas por los logros de su trayectoria posterior; el trabajo de González Lebrero nos muestra claramente cuántos elementos propicios para esa trayectoria estaban ya en los inicios, y ello es, sin ninguna duda, un avance que desde hace tiempo merecíamos.